



CIF: G85155315

C/ María Blanchard, 2
Portal 4, Bajo B
28232 - Las Rozas
(Madrid)

www.frentedemadrid.com
info@frentedemadrid.com

ISSN: 1989-6964

LA VOZ DEL FRENTE

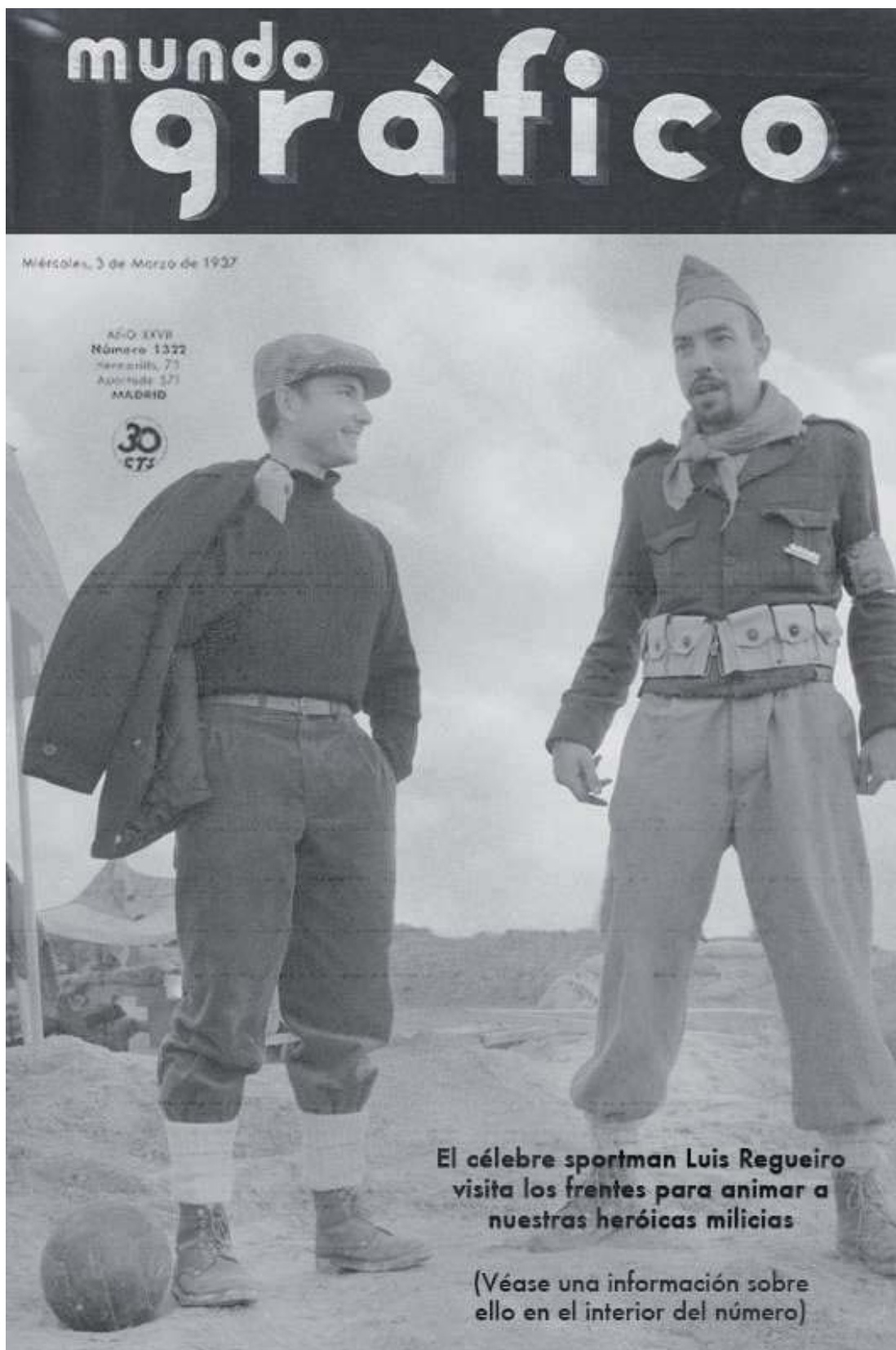
Boletín de la asociación madrileña de recreación histórica Frente de Madrid

Número 12

enero - marzo 2011

SUMARIO

- Imagen del frente..... 1
- Noticias del frente..... 2
- Corresponsal de guerra**
Comisario de Choque..... 5
- Relatos de trinchera**
Volveréis con
babuchas de oro... (II)..... 10
- Manual de combate**
Definiciones básicas
sobre táctica..... 14
- Uniformes del frente**
Los oficiales del EPR..... 16
- Imágenes**
de otra guerra..... 19



Murcia 2010: "Revive la Historia...de cine"



© Frente de Madrid

página 2

Los pasados días 15, 16 y 17 de octubre el Jardín del Malecón de Murcia vivió un auténtico viaje al pasado. Uno podía cruzarse con soldados norteamericanos en misión de patrulla en Vietnam, desear suerte a las tropas de la 101ª División Aerotransportada o a los "Red Devils", listas para saltar sobre Holanda, o a las tropas de la Wehrmacht, preparadas para hacer frente a su avance, sorprenderse con el colorido de los uniformes del Tercio de Morados Viejos o el espectacular uniforme de los soldados de las guerras napoleónicas, compartir partida de críquet con los flemáticos ingleses del 8º Ejército o enfrentarse a legionarios romanos...

25.000 visitantes, más de 300 recreadores de 30 grupos de 14 Comunidades Autónomas 30

vehículos de época y 2.500 participantes en la recreación de la batalla de Arnhem. Estas cifras resumen perfectamente el éxito a todos los niveles de "Murcia 2010: Revive la Historia ... de cine", organizado por la Asociación Codex Belix con la colaboración del Ayuntamiento de Murcia, y lo convierten en el mayor evento de recreación histórica que ha tenido lugar en España hasta el momento.

Frente de Madrid estuvo allí. Se montó un pequeño campamento con puesto de mando, transmisiones y observatorio, junto con un parapeto de sacos terreros. Mientras el sábado formamos con una escuadra de infantería y otra de Requetés, el domingo formamos con dos escuadras de soldados del EPR.

La respuesta por parte del público fue excepcional, y no faltaron anécdotas familiares o incluso personales, de algún veterano de la Guerra Civil que nos visitó. Lo que más llamó la atención del improvisado campamento fue el puesto de mando, el sistema de transmisiones a base de dos teléfonos de campaña conectados entre sí, y totalmente operativos, y el telémetro del observatorio.

Debido al éxito cosechado por estas jornadas, el Ayuntamiento de Murcia ya se ha comprometido para la celebración de la segunda edición de este evento de recreación histórica: "Murcia 2011: Revive la Historia... de Cine", que tendrá lugar los días 14, 15 y 16 de octubre de 2011. Frente de Madrid volverá a estar allí.

La otra guerra, por Pepe



I Muestra de Cortometrajes de Recreación Histórica de la Guerra Civil Española

BASES DE PARTICIPACIÓN

1. La I Muestra de Cortometrajes de Recreación Histórica de la Guerra Civil Española tendrá lugar en el municipio de Abánades (Guadalajara) del 4 al 5 de Junio de 2.011.
2. Se establece una única categoría a la que podrán concurrir cortometrajes tanto de ficción como de carácter documental con una duración máxima de 30 minutos incluidos créditos, presentadas y visionadas en formato video.
3. Las obras deberán contener secuencias o escenas recreadas de la Guerra Civil Española en sus aspectos militares, ya se trate de operaciones de combates o de ambientación de la vida de los combatientes.
4. Las obras podrán ser presentadas por productoras, asociaciones de recreación histórica o cualesquiera otras entidades siempre que respondan a lo establecido en el punto anterior.
5. Un comité constituido al efecto seleccionará para su participación en la muestra las obras que respondan a los criterios expuestos y cuyos títulos serán incluidos en su publicidad, visionándose por el orden que establezca la organización el 4 de junio de 2010 en Abanades.
6. Para participar en la selección se enviará una copia de la película en DVD, junto con la ficha de inscripción debidamente cumplimentada anexa a estas bases o disponible en la web www.frentedemadrid.com, por mensajería o correo certificado, antes del 15 de mayo de 2011 a:

Asociación Madrileña de Recreación Histórica "Frente de Madrid"
I MUESTRA DE CORTOMETRAJES DE RECREACIÓN HISTÓRICA DE LA GCE
C/ María Blanchard 2, Portal 4, Bajo B
28230 - Las Rozas (Madrid)

7. La organización se reserva el derecho de guardar una copia de las películas seleccionadas para formar parte del archivo de la muestra y su uso de carácter divulgativo cultural y nunca lucrativo. Asimismo los productores de los cortometrajes seleccionados autorizan a la organización a utilizar fragmentos de las obras (máximo tres minutos) para su difusión como materia informativa en cualquier medio de comunicación, incluido internet.
8. Un jurado constituido al efecto valorará las obras seleccionadas considerando sus aspectos cinematográficos -guión, montaje, fotografía, etc.- y el rigor y verosimilitud de los aspectos de la Guerra Civil Española recreados. El jurado, cuyo fallo será inapelable, dictaminará la obra ganadora que será galardonada con un jamón serrano.
9. El fallo del jurado será comunicado públicamente el 5 de junio de 2.011 durante la clausura de las I JORNADAS DE PROMOCIÓN HISTÓRICO CULTURAL DE ABANADES "LA BATALLA OLVIDADA" en las que se integra la I Muestra de Cortometrajes de Recreación Histórica de la GCE
10. La inscripción implica la aceptación de estas bases, así como la resolución por la organización de cualquier supuesto no recogido en las mismas.

Para cualquier tipo de consulta o sugerencia se utilizará la dirección de correo electrónico: info@frentedemadrid.com

FICHA DE INSCRIPCIÓN

I Muestra de Cortometrajes de Recreación Histórica de la Guerra Civil Española

TÍTULO DE LA OBRA

DURACIÓN

FECHA DE PRODUCCIÓN

DIRECCIÓN

GUIÓN

FOTOGRAFÍA

PRODUCCIÓN

DIRECCIÓN ARTÍSTICA

SONIDO

MONTAJE

MÚSICA

INTÉRPRETES

SINOPSIS

OBSERVACIONES

PERSONA DE CONTACTO A EFECTOS DE INSCRIPCIÓN Y PARTICIPACIÓN

NOMBRE

DNI

DIRECCIÓN

LOCALIDAD

C.P.

PROVINCIA

E-MAIL

TELÉFONO DE CONTACTO

Por la presente solicito la selección de este cortometraje en la **I MUESTRA DE CORTOMETRAJES DE RECREACIÓN HISTÓRICA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**, conociendo y aceptando las bases de la misma.

FECHA Y FIRMA

“Comisario de choque. La guerra que nunca imaginé”

Joan Sans Sicart, Editorial Milenio, Lérida, 2003

Introducción, extracto y notas a pie de página por Rodrigo Gómez Alonso.

Reiniciamos la sección con un texto extraído de “Comisario de choque” de Joan Sans Sicart¹. En él se narra con gran lujo de detalles, el inicio de la ofensiva de Aragón, en marzo de 1938. Detalladas descripciones de armamento, táctica, la situación de ese frente, y la diversa combatividad de diferentes fuerzas ante el empuje enemigo.

**Capítulo: LA RETIRADA DE ARAGÓN.
La ermita de Santa Quiteria. (Pág 47 y ss.)**

Recuerdo como si fuera ahora lo que viví en marzo de 1938 durante el ataque franquista² en el frente de Aragón. Mi batallón, el 566, perteneciente a la 142 Brigada Mixta, ocupaba la de Santa Quiteria³, ermita que se hizo famosa en el curso de la guerra. Era una posición muy peligrosa para los rebeldes, ya que desde allí nosotros dominábamos el célebre Vedado de Zuera [...]

El primer encargo de Juan Ignacio Mantecón⁴ fue que hiciera una visita al frente, a raíz de la cual redacté un informe en el que denunciaba la pésima situación de nuestras tropas. La falta de material de guerra era tal que algunas unidades mantenían combatientes en la reserva porque sencillamente no tenían armas para todos. La escasez de municiones obligaba a racionarlas severamente. La situación había llegado hasta el punto de que si una unidad mantenía abierto el fuego durante demasiado tiempo contra las trincheras enemigas, se le reducía la cuota de balas como castigo.



El autor del libro, Joan Sans Sicart, posando junto a la bandera original de la 120 Brigada Mixta, 26 División, donada por él mismo al Instituto de Historia Social de Amsterdam.

Por ello, en muchas ocasiones, aunque estuvieran amenazadas las tropas no disparaban porque no tenían con que hacerlo y por culpa de esta tontería se perdían posiciones.

Una muestra de la precariedad del material me la proporcionó el teniente coronel Joaquín Morlanes jefe de la 120 Brigada Mixta de la 26 División⁵. Un día me dijo:

1. Con 14 años y sin duda por influencia familiar se afilia a la CNT. En 1935 funda la Federación Estudiantil de Conciencias Libres en Barcelona. Ejerce como Maestro en la escuela Salut i Alegria de Badalona y es un destacado atleta. En 1936, se une a la columna Durruti y se marcha al frente de Aragón como delegado de una compañía de ametralladoras. Es nombrado comisario de un batallón de la 32 División. Tiene una importante participación en la ofensiva del Segre. Es nombrado por el general Sarabia comisario de la 72 División y cubre la retirada de miles de personas que huían a Francia. Pasa a Francia como responsable del XVIII cuerpo de ejército republicano. En Francia lucha junto a la Resistencia contra los nazis. Tras la liberación de Francia por los Aliados se convierte en destacado miembro de la CNT. Ejerce como secretario de Federica Montseny y escribe multitud de artículos y libros. En la obra que tratamos defiende fervientemente la institución del comisariado, desde un punto de vista de apartidismo y unidad antifascista.

2. Mantenemos literalmente las denominaciones que el autor del libro utiliza para referirse a las tropas enemigas: franquistas, rebeldes, fascistas.

3. La ermita de Santa Quiteria estaba en posiciones nacionales, es de suponer que se refiere al sector de Santa Quiteria, o frente a ella.

4. Probablemente se refiere a José Ignacio Mantecón, fue comisario de Batallón y de Brigada, y entre agosto de 1937 y marzo de 1938 fue gobernador general de Aragón, tras la disolución forzosa por las tropas de Lister del revolucionario Consejo de Aragón. Tras el derrumbe del frente aragonés desempeñó el cargo de comisario general del Ejército del Este.

5. La que fuera en su día “Columna Durruti”.



Tropas republicanas en Aragón, 1938.

se quedó patas arriba. La segunda pieza también disparó correctamente, pero con un retroceso tal que se desplazó cinco metros atrás arando la tierra. Además, al disparar el cañón se encabritó y se transformó en un mortero, y el proyectil se fue muy lejos, pero hacia el cielo, hasta que cayó en nuestra primera línea. Por suerte, lo hizo en un sitio desierto. Después de este espectáculo, Morales me dijo:

- Los tenemos aquí para que, de vez en cuando, la aviación fascista descargue unas cuantas bombas. Los situamos de tal manera que no haya peligro para los nuestros, y así los franquistas gastan energías en vano.

Por otro lado, también había poco material para fortificar las posiciones. Además, el agua era escasa y era suministrada a las trincheras mediante camiones que iban a buscarla al río Cinca, en Sariñena. Durante los meses de julio y agosto, el agua salía de la cisterna casi hirviendo. Las diarreas eran bastante corrientes, ya que los soldados se veían obligados muchas veces a beber el agua que la lluvia depositaba en los charcos y que, por causa de la descomposición del suelo, era terriblemente calcárea. Finalmente, los servicios sanitarios nos repartieron unas pastillas para evitar disgustos.

Naturalmente en estas condiciones el combatiente republicano tenía que tener una moral de hierro para poder hacer frente al enemigo. Así lo hice constar en el citado informe, que era muy crítico, sobre todo con los jefes militares radicados en Lérida. Yo tenía claro que todo aquel abandono estaba orquestado a fin de ir debilitando las unidades de origen anarquista e incluso de la UGT. También decía, además, que aquella era una actuación suicida y que debía procesarse a los responsables porque, si se permitía que el frente de Aragón sufriera ese sabotaje permanente, quien padecería las consecuencias más tarde, sin duda, sería Cataluña.

No sé ni siquiera si el informe, que mereció la aprobación de todas las divisiones que ocupaban el frente de Aragón, fue leído finalmente por los responsables del comisariado o por el general Perea, que era entonces jefe del Ejército del Este⁷. Si lo leyeron, luego lo arrinconaron en algún cajón, puesto que nada cambió. Y ello fue una negligencia gravísima, porque los combatientes de Aragón morían igual que los que estaban en Madrid.



Prisioneros republicanos de la 16 División capturados cerca Fraga, Huesca, marzo 1938.

6. La baterías solían componerse de cuatro piezas, pero en el bando republicano la escasez de material hizo que generalmente fueran de tres piezas.

7. Juan Perea Capulino era entonces teniente coronel, jefe del XXI C.E., hasta el 30 de marzo del 38, una vez hundido el frente de Aragón, no se le responsabilizó del mando del Ejército del Este, entre otras razones porque el XXI C.E. Fue el único en resistir el embate enemigo.



Tropas Regulares en Caspe, 1938.

Como he dicho al principio, yo estaba en la ermita de Santa Quiteria cuando se desató la ofensiva fascista en Aragón. A pesar de que el ataque se esperaba desde días atrás, nuestro batallón no fue informado de nada ni se nos convocó a ninguna reunión de la Brigada para decirnos, por lo menos, que estuviéramos alerta. Por suerte, la noche antes del ataque nuestro puesto de observación señaló que se observaba multitud de faros de camiones por los caminos y las carreteras entre el Vedado de Zuera y el llano de Almudévar. Juntamente con el comandante Menéndez, un veterano fogueado en la revolución de Asturias, tomamos las medidas de refuerzo necesarias. Con la luz del día aparecieron unos cuantos aviones rebeldes, los cuales dejaron tras de sí una columna de humo que, en unos minutos, cubrió todo el llano de Almudévar. Comprendimos inmediatamente que, protegido por la cortina de niebla artificial, debía de haber algún movimiento previo a la ofensiva. La ermita, sin embargo, quedó al margen de ello y frente a nosotros las posiciones enemigas no mostraban, de momento, ningún preparativo para atacar.

Era evidente, por lo tanto, y nunca mejor dicho, que el fuego vendría de donde salía el humo, y así ocurrió. Habíamos reforzado diversos puntos con ametralladoras pesadas, especialmente en la zona del canal de Bárdena, y repartido bombas de mano en diversas posiciones. Como no podíamos ver nada, teníamos las orejas bien abiertas y guardábamos un tenso silencio de espera. De pronto se oyeron caballos galopando. Dedujimos que se trataba de la caballería mora, que atacaba en vanguardia. Dimos órdenes de esperar a disparar hasta el último momento, es decir, hasta que los atacantes se vieran bien claros, y así lo hizo todo el mundo. Cuando aparecieron delante de nosotros, las ametralladoras empezaron a vomitar plomo a media altura para alcanzar al mismo tiempo a jinetes y monturas. Aquello les sorprendió bastante. Los caballos que caían delante estorbaban a los que venían detrás y había animales que, tras perder a su jinete marroquí, volvían grupas y regresaban al lugar de donde habían partido, con lo que aumentaban la confusión de los atacantes. Los que habían perdido el caballo pero estaban vivos se protegían en el suelo como podían y disparaban contra nosotros con sus mosquetones, pero al final tuvieron que retirarse. Llegó una segunda oleada y la recibimos de la misma manera y con el mismo resultado. Los mandos enemigos ya no insistieron más con la caballería, y decidieron atacar las posiciones que teníamos hacia el norte, siguiendo la línea del canal de la Bárdena, pero aquel sitio aún les presentó una mayor dificultad. Luchamos durante todo el día y, al final, nuestra línea no había variado ni un ápice. Eso sí, habíamos tenido algunos muertos, y heridos más o menos graves. Las bajas de los rebeldes, no obstante, debieron de ser más numerosas de lo que habían esperado, ya que no insistieron más en los ataques.

Al anoecer, los oficiales responsables de las posiciones de la ermita nos comunicaron que las trincheras situadas a su lado izquierdo que debía ocupar otro batallón de nuestra brigada, estaban vacías, y que, de hecho, todo nuestro flanco izquierdo se habían retirado sin disparar un solo tiro ni anunciarnos que se iban. Ello nos dejó perplejos, puesto que en aquel sector no se había producido ningún ataque. No entendíamos como podía habernos dejado solos el mando de la 142 Brigada Mixta, y sin ningún tipo de información. Enviamos un jinete de enlace, el cual no regresó. Luego enviamos dos enlaces a pie, a quienes tampoco volvimos a ver nunca más. Tuvimos que rendirnos a la evidencia: toda la brigada, excepto nosotros,

se había retirado sin combatir, y nadie se había considerado obligado a comunicarnos que se largaban descaradamente. Nos lo imaginamos todo, desde la simple y pura traición hasta un pánico súbito. En el fondo a mi no me extrañó en absoluto, porque conocía bien al jefe de la brigada, Emilio González Yus, y a su comisario, Malaquías Gil. El primero era un militar profesional que antes de la guerra había sido capitán de Intendencia en Tarragona. Era un mal soldado un buen administrador, pero un mal soldado (y no sé hasta qué punto influía en ello el hecho de que un hermano suyo era general del Ejército fascista)⁸. El segundo, en la vida civil había sido profesor de un instituto en Jaca, que también prefería dedicarse al papeleo intelectual que y a no perderse ninguna reunión del Partido Socialista, al que pertenecía.

En fin, el caso era que debíamos espabilarnos por nuestra cuenta. O eso era lo que nos parecía, pero estábamos equivocados: en plena noche se presentó un comandante de Guardias de Asalto diciendo que venía agregado a nuestro batallón, y que tenía los camiones con sus tropas esperando en Tardienta. El comandante Menéndez me dijo:

- Tú quédate aquí, en el puesto de mando. Yo me llevo al teniente de estado mayor y distribuiré los guardias de asalto entre las posiciones que han sido más castigadas, o reforzaré otras.

Pasaron dos horas antes de queregresara. Al llegar, Menéndez me mostró su naranjero diciendo:

- Míralo, pero no lo toques. Quema como el infierno, y no me queda ni una sola bala. Los cabrones de guardias de asalto, a medida que les enseñaba las posiciones y sabían dónde estaba el enemigo, se pasaban corriendo con las armas incluidas. Les he disparado un montón de veces. pero no se si he dado a alguno.



Integrantes de la 43ª División en la localidad de Bielsa.

- ¿Y su comandante? -pregunté sorprendido-. ¿Qué ha hecho?
- ¡Ha sido el primero en lanzarse posición abajo, el muy hijo de puta!

Con todo, nuestras sorpresas aún no habían terminado. Al cabo de una hora llegó otro comandante, esta vez de Carabineros, pero con la misma canción. Desconfiado, le pedí la orden conforme quedaba agregado a nuestro batallón. En efecto, el documento era correcto, firmado por el jefe y el comisario de la 32 División. Inmediatamente pensé que algo le había sucedido a la 142 Brigada, ya que ellos no nos habían dicho nada, pero la división conocía nuestra posición exacta, puesto que los dos comandantes se habían presentado a nosotros y no se habían equivocado viniendo al nuestro puesto de mando en plena noche.

Con el fin de dejar las cosas claras, expliqué al recién llegado lo que había ocurrido con los guardias de asalto.

- Pero, ¿es posible un disparate tan grande? -exclamó el comandante de Carabineros, atónito.
- Mire, -repliqué-, no sé qué es lo que piensa mi jefe de batallón aquí presente, pero yo, personalmente, soy partidario de que no nos agreguen nadie más, ya que hemos tenido dos escarmientos en pocas horas y no querría ningún otro.

El comandante de Carabineros se ofendió muchísimo e invocó su dignidad y la de las fuerzas a sus órdenes. A mí no me impresionó lo más mínimo y proseguí:

- Le diré qué vamos a hacer: esta vez seré yo mismo quien le acompañe a usted y a sus oficiales a las posiciones que tienen que ocupar. Y también vendrán nuestros oficiales de estado mayor del batallón para distribuir sus fuerzas con mayor rapidez.

Y así lo hicimos. El comandante de Carabineros reunió a sus capitanes y yo les asigné un oficial a cada uno. La operación fue rapidísima. Además, me quedé con el comandante para ver dónde instalaba su puesto de mando, ya que no quería que pasara lo mismo que con los guardias de asalto. Controlé sus órdenes y observé todo lo que pasaba.

- ¿No tienen ningún comisario que les acompañe? -pregunté.
- No. -me contestó-. Estoy esperando que lo nombren.

8. No he localizado ningún General o Jefe franquista con esos apellidos.

También había advertido otro detalle que no me había gustado en absoluto.

- He observado que no nos ha pedido ningún plano superponible de las posiciones para saber dónde debía ir -constaté-, y eso es muy importante cuando se llega a un sitio desconocido. Yo me conozco cada palmo de trinchera. ¿Quiere que me quede esta noche en su puesto de mando para ayudarle en lo que convenga?

El comandante de Carabineros respondió entre sorprendido e indignado:

- Lo consideraría una falta de confianza y un intento de meterse en asuntos que no son de su competencia.
- Muy bien -repliqué-. No tengo ninguna intención de cuestionar su autoridad. Por lo tanto, me retiro.

Me fui deseándole buenas noches y subrayando una vez más que era muy extraño que, a esas alturas, todavía no le hubieran asignado un comisario.

Regresé al puesto de mando del batallón y advertí al comandante Menéndez de que aquellos carabineros no aguantarían nada. A medida que habían ido ocupando las posiciones había podido captar su falta de entusiasmo, y tampoco se habían mostrado demasiado amistosos con nuestros soldados⁹. Además, había preguntado a su jefe de estado mayor donde habían combatido antes, y me respondió que aquella sería la primera vez y que esperaba que saldrían airosos de ello¹⁰.

Tal como pintaban las cosas, acordamos con Menéndez que lo más prudente sería desguarnecer la ermita en parte y colocar un sistema de explosivos retardados con la finalidad de que, si por cualquier circunstancia debíamos retirarnos de nuestras posiciones, las voladuras hicieran que el enemigo se mostrara prudente antes de avanzar. Lo pusimos rápidamente en práctica y menos mal que así lo hicimos, puesto que, por desgracia, nuestros temores estaban bien fundados.

Al amanecer el enemigo atacó con dureza las posiciones que estaban ocupadas por nuestros hombres y los carabineros conjuntamente, y también algunas donde sólo había efectivos de estos últimos. Inmediatamente nos llamó por teléfono un capitán de los nuestros para decirnos que los carabineros de su posición ya empezaban a acobardarse, algunos tirando las armas y otros huyendo hacia atrás. Fuimos allí corriendo con toda la plana mayor del batallón y dispusimos en línea las dos secciones que habíamos sacado de la ermita, con órdenes de disparar contra los carabineros que desertaban. Nunca en mi vida había repartido tantos mamporros como aquel día¹¹, con el comandante Menéndez al lado, intentando que regresaran a sus puestos los carabineros que corrían. Tanto era el miedo que tenían, que ni habían defendido sus posiciones, ni se sabían defender ellos mismos. Algunos incluso se caían al suelo sin que nadie les hiciera nada, porque las piernas ya no les respondían. ¡Y todavía tenían la desfachatez de pedir socorro a los sanitarios!. Nos quedamos sin voz de tanto gritar. Busqué aquel comandante tan celoso de sus responsabilidades para darle su merecido, pero no le hallé por ningún lado.

Afortunadamente, nuestros hombres se aferraron a las posiciones y pudieron rechazar los ataques de los fascistas, quienes poco a poco fueron empujando a los carabineros fugitivos hacia el norte, a la derecha de nuestras posiciones, donde había otras unidades republicanas. Finalmente los dejamos a su suerte, puesto que ya teníamos bastante trabajo con tratar de mantener nuestras líneas. Desde hacía tres noches divisábamos las hogueras que iluminaban los campamentos de los marroquíes a más de ocho kilómetros detrás de nosotros. Era evidente que habían llegado allí pasando por sitios donde no había nadie de los nuestros. El tercer día a las cinco de la tarde vimos ondear la bandera rojigualda en el campanario de Tardienta, y no habían sido paisanos de la quinta columna quienes la habían izado, sino fuerzas rebeldes. Más tarde nos enteramos que nuestra brigada nos había dado oficialmente por "copados", o sea, prácticamente eliminados, y habían huido precipitadamente hacia Tamarite de Lera, lo cual nos enfureció muchísimo y contribuyó a aumentar nuestras suspicacias.

9. La característica desconfianza entre "fuerzas del orden" y tropas del EPR procedentes de milicias anarquistas.

10. En un principio, las unidades de carabineros, como las de la guardia de asalto, se emplearon como fuerzas de choque, por su profesionalidad (junto con las fuerzas de la Guardia Civil, los Carabineros tenían fama de buenos tiradores, entre los combatientes de ambos bandos). Es conocida la actuación de las fuerzas de carabineros leales durante la Batalla de Madrid, en diversos sectores (Pozuelo, Carabanchel, etc...), si bien con la recuperación del control del orden público por parte del Gobierno Republicano, su carácter volvió a ser el de fuerza pública para el control de fronteras, puertos, costas y retaguardia en general, hasta el punto de perder la buena fama ganada en los duros combates de 1936-37, (hay fuertes críticas a su capacidad combativa en las fechas posteriores, en informes de época y en las memorias de guerra de varios altos mandos profesionales del Ejército Popular).

11. Y Sans Sicart sabía de mamporros: ¡había practicado asiduamente el boxeo antes de la guerra!

VOLVERÉIS CON BABUCHAS DE ORO...

por Miguel Ortego (II Parte)

Desde que habían puesto pie en la península Hassan estaba obsesionado en conseguir una máquina de coser. Tenaz e incansable, como buen rifeño, había apurado todos los saqueos "autorizados"¹ en su busca, desdeñando incluso botines más suculentos y manejables para ventaja de sus hermanos. Quizá por eso no le tomaban el pelo abiertamente, a fin de cuentas aquella fijación lo era a beneficio de inventario para el resto, o quizá resultaba lo bastante inquietante para tener la fiesta en paz con aquel mozarrón adusto y silente, de aspecto amenazador incluso para sus curtidos compañeros de armas. En última instancia a los iluminados de Allah hay que dejarlos tranquilos y más si luchan como fieras salvajes o acreditan una singular destreza con el arma blanca, aspectos ambos en los que Hassan gozaba de merecido prestigio en el Tabor... o en lo que iba quedando de él.

En Illescas lo había conseguido al fin, una máquina casi nueva, intacta bajo la protección de un techadillo que la había preservado de la metralla, primorosamente incrustada en un mueble de nogal que sin miramientos, hizo astillas desembarazando el mecanismo y su acarreo. Fue feliz cargado como una bestia con su equipo y el artefacto bajo la mirada anuente de sus oficiales, mezcla de resignación y condescendencia cómplice con las peculiaridades de sus askaris. Sus hermanos preferían no mirarle mucho, no fuera cosa que les pidiera ayuda en el porteo y algún corresponsal gráfico si gasto con él algún carrete de su Leyka. La imagen no podía ser más representativa de aquella guerra de locos y muertos de hambre que el mundo seguía con más curiosidad que interés, como una mezcla frívola de noticias deportivas y exótico folclorismo con tintes políticos y sociales. Entre Carmen cantando ópera rodeada de bandoleros y aquel moro acarreando una máquina de coser en la marcha de los sublevados hacia la capital republicana no había tanta diferencia. Pero en Retamares la cosa se torció y la Mía hubo de retirarse de cualquier manera con un número de bajas inaceptables hasta para los Regulares. Allí Hassan se dio cuenta de que los rojos podían luchar con determinación, que la suerte de la guerra no estaba aún ni medio clara y que no se puede cargar con una Singer durante un repliegue incierto bajo el fuego enemigo. Con puras lágrimas tuvo que aceptar el abandono de su requisa para salvar la vida y solo Hamed sabía lo



Entre Carmen cantando ópera rodeada de bandoleros y aquel moro acarreando una máquina de coser en la marcha de los sublevados hacia la capital republicana no había tanta diferencia.

¹ "Oficialmente" ningún tipo de rapiña estaba autorizado en caso alguno por parte del mando nacional, pero del dicho al hecho... El saqueo posterior al combate por parte de los vencedores, así como otros excesos que no vienen al caso, no deja de ser una práctica ancestral desde el origen de los conflictos bélicos, a la que por supuesto no eran ajenas las belicosas tribus rifeñas. La integración de los norteafricanos en los Regulares, es decir, en un ejército europeo, "civilizado" no conllevó el abandono de una tradición guerrera que, por otra parte, no había dejado de ser un acicate al alistamiento. Así tal práctica, que quedaba asumida como parte de las costumbres locales en la guerra de Marruecos -donde por otra parte bien poco había que saquear a un enemigo más que pobre miserable- alcanzó una nueva y problemática dimensión para el Mando Nacional en la península, donde las posibilidades de expolio eran mucho más suculentas. Enfrentados al dilema de menoscabar la moral de tan emblemáticas fuerzas de choque con una prescripción drástica o asumir el descrédito que para los sublevados suponía el saqueo continuo y desaforado de los temibles "moros" sobre las poblaciones "liberadas" - algo que por otra parte no iba a dejar de explotarse al máximo por la propaganda republicana- se optó por la solución de compromiso de "hacer la vista gorda" en determinados lugares y momentos. La decisión sobre cuales eran dichos lugares y momentos venía a ser potestativa para los oficiales de las tropas indígenas, que la aplicaban con diverso y/o personal criterio según las situaciones, la dureza del combate, las bajas, la continuidad de las operaciones, la presencia o no de civiles, la filiación política de dichos civiles, la naturaleza de lo saqueado, etc. La permisividad no seguía ninguna pauta fija y no faltaron castigos ejemplarizantes para quienes saqueaban a destiempo, por lo que se solía hacer correr la voz entre la tropa si se autorizaban y por cuanto tiempo las "requisas personales", por ejemplo al entrar en una población abandonada por el enemigo. Los oficiales y suboficiales europeos salían discretamente de escena por un cierto lapso de tiempo en el que "ojos que no ven..."

difícil de aquella decisión. El cabo era el único al corriente del precio con que se había tasado a la prometida de Hassan en un lejano aduar: una máquina de coser.

Desde entonces Hassan apuraba cualquier oportunidad para reponer la pérdida, merodeando como un hurón obsesivo incluso en las sobrevenidas e inciertas pausas entre combates. En aquel deambular forzaba cada vez más temerariamente su integridad personal, no solo por el enemigo y los peligros del "no man's land", sino también por lo que tan sospechosa conducta podía dar a interpretar en su propio mando. De hecho la búsqueda aún no le había costado cara por la complicidad tácita de Hamed, quien siempre parecía capaz de improvisar una explicación plausible de sus ausencias al dar novedades a cualquier visita inesperada: un servicio de escucha, un enlace, un porteo de municiones... No obstante cualquiera que conociera a Hamed sabía que la improvisación tenía muy poco que ver con su carácter y aunque nunca había recriminado nada a Hassan, alguna de las penetrantes miradas del cabo daban claramente a entender que alguien estaba apurando demasiado su baraka y él cansándose de comprometerse por encubrirlo. Más valía que la maldita máquina de coser apareciera de una vez, si es que Allah así lo quería.

Hassan había huroneado la víspera hasta casi las mismas Casas de Górzez, recorriendo con el sigilo del que es capaz su gente el terreno batido desde la posición que ocupaban en la ladera arrebatada al enemigo. Así había sido testigo de la retirada de los carros alemanes machados por los T26 rusos, no sin cierto regocijo pese a la victoria contraria al pensar en los arrogantes arios sudorosos y humillados forzando motores por su vida y abandonando sobre el campo máquinas en llamas con algunos de sus compañeros dentro. Había visto a uno de los T26 quedar varado en tierra de nadie tras una serie de estertores mecánicos y los denodados baldíos esfuerzos de sus tripulantes durante horas para ponerlo de nuevo en movimiento, contemplando finalmente la pericia con que habían enmascarado la masa de acero en el verde mate del olivar hasta hacerla casi indiscernible. Hassan no había encontrado su máquina de coser, pero esta otra máquina de los "arrumis" bien podría servir igual a su propósito y aún sin saber que podía valer 500 pesetas comenzó a acariciar la idea de apoderarse del carro. En esas andaba, dando vueltas a cómo proponerlo a sus hermanos, cuando Allah echó una mano por medio de Ziatti. En realidad Hassan no tenía ningún plan concreto aparte de conocer exactamente la ubicación del T26 que, de eso estaba seguro, seguía allí aún de facto, casi invisible entre los olivos sin que los rojos hubieran podido recuperarlo... todavía. Tampoco "sabía manera" más allá de la habitual y sencilla audacia nocturna con que los regulares hacían cosas increíbles en la guerra, aunque necesitara toda la baraka de una Harka entera.

Estaba más que claro que Hamed no compartía el menor entusiasmo por la empresa, bien al contrario que Ziatti, quien había besado a Hassan hasta casi incomodarlo al límite del decoro musulmán. El cabo sabía que se había quedado sin argumentos solventes para sujetar a los suyos y al no poder disuadirles sin descrédito de su liderazgo el deber del mismo le obligaba a ponerse al frente. Hamed razonaba, más que nada por hacerse a la idea de lo inevitable, que si a fin de cuentas Allah en sus inescrutables designios parecía haber dispuesto que aquel tanque rojo quedara a su alcance ¿quién era él, un pobre cabo, para oponerse a sus designios? Por no hablar de lo preferible de afrontar cualquier golpe de mano por desesperado que fuera antes que soportar más a su sobrino proponiendo capturar "tanque rojo" sabedor ahora de la proximidad de uno. Aunque consiguiera convencer u ordenar a Hassan y Hussein que se olvidaran del tema haciendo valer todo su ascendiente sobre ellos, no las tenía para nada consigo en cuanto que su atolondrado sobrino obrara por su cuenta. Mas valía, como solían decir los arrumis, "coger toro por cuernos". Fuera por no ampliar las partes a repartir, por no perder más tiempo o por si en el curso de las próximas horas aún hubiera forma de dar marcha atrás, tampoco costó ponerse de acuerdo en "no decir nada a tiniente ni demás fusilas de Mía".

Tras la oración ya con las sombras extendiéndose a noche invernal, abandonaron silenciosamente su parapeto. Hassan los guiaba hacia el olivar donde un T26 valía quinientas pesetas, mientras un cuarto de luna conseguía abrirse paso y dibujarse tímidamente en la creciente oscuridad de un cielo plomizo. Ziatti vio en ello la incuestionable señal de que Allah les asistía en su empeño y así lo manifestó con todo entusiasmo hasta que un pescozón de su tío le recordó la guerra y sus cautelas. El segundo pescozón, más fuerte, era para que no se le olvidara gracias a quien se habían metido en aquel lío.

Tardaron horas en aproximarse en un aparente deambular incierto por el sombrío laberinto de olivares, sin pausa ni apremio, ni más descanso que breves respiros al reagruparse en la oscuridad. Hassan y Hussein abrían la marcha por turnos, haciendo gala de una habilidad ancestral para caminar agazapados sin el menor ruido, hurtando la silueta a todo lo visible, y encontrando siempre la manera de difuminar su perfil en las formas inciertas del terreno, haciéndose pasar por cualquier roca, por cualquier matorral. Hamed marcaba el compás de aquellos movimientos con un sobreentendido de gestos pactados, mínimos movimientos de manos y dedos que, diligentemente interpretados, orquestaban el silencioso trájín del pequeño grupo, dando cifra y medida a la cadencia calma e imparable con que se desplazaban por aquella tierra de nadie. Ziatti cerraba la retaguardia y aprendía de sus mayores. Tiros y ráfagas aisladas, alguna granada esporádica, rompían el silencio nocturno y en algún momento la sospecha de unas voces les hizo detenerse preparando sus armas, pero tras una tensa espera la alarma se disipó sin que se concretaran otros transeúntes nocturnos del olivar, ya fueran amigos o enemigos. Finalmente llegaron a la vista del carro, les costó distinguirlo por la escueta luz lunar y la maestría con que había sido ocultado. Hassan les había conducido sin un solo titubeo con la precisión de un navegante experto directamente hasta la máquina que parecía dormir entre los troncos retorcidos. Vieron también a quienes velaban por ella y sellaron



su suerte con un escueto intercambio de señas. Una incipiente claridad apuntaba por el este el lapso incierto entre dos luces, el breve limbo de vigilia y sueño en que ningún centinela espera lo que va a suceder. Es el momento del cazador, un instante absoluto que resuelve el sentido y la espera del acecho, y que los africanos reconocieron sin ningún genero de duda. Ziatti y Hassan sujetaron los cuchillos entre los dientes de sus bocas secas, más secas aún, y comenzaron a reptar despacio, con tanta cautela que ni el silencio podía oírles.

Cortar un cuello es una tarea algo más complicada de lo que parece, incluso para un rifeño, pues a los aspectos puramente técnicos se añade el hecho concreto de matar a un semejante. Paradójicamente la segunda cuestión, claramente moral, puede ser la más sencilla de superar en una guerra, ya sea porque rutina de repetición o, más frecuentemente, porque cualquier semejante a quien se adjudica la condición de "enemigo" se ve desposeído por la misma de la de "semejante". Volviendo a los aspectos técnicos es importante no tener que verle la cara al "semejante/enemigo", pues se puede producir un efecto de bloqueo que los encizañadores se apresuran a interpretar, en descrédito del degollador novel, como una superación deficiente del componente moral aludido. Ziatti estaba absolutamente decidido a rebanar un gaxnate, pero cuando su víctima tuvo la inspiración de volverse de forma inesperada algo se vino abajo en su cabeza. No era cuestión de coraje ni conmiseración, sino simple incapacidad de reacción frente a una situación súbitamente cambiante en un momento crítico. A Hussein le había permanecido su pieza en suerte y ayudado por una mayor experiencia en ese tipo de trámites lo había resuelto limpia y eficazmente de izquierda a derecha y por encima de la nuez, como mandan los cánones. Conste en descargo de Ziatti que también Yuri quedó sumido en una misma inmovilidad pétreo, aparentemente fascinado por la gumia que esgrimía el rifeño y desentendido de la Tokarev que pendía de su cinto, aunque ésta para nada hubiera pasado desapercibida a Ahmed.

El caso es que allí llevaban ya su buen minuto pasado los dos, el ruso y el moro, petrificados y mirándose fijamente a los ojos como dos besugos que intentaran hipnotizarse recíprocamente. Hassan limpiaba con naturalidad la gumia en el pantalón de su víctima y Hussein encañonaba al ruso sin llegar a montar el arma, nadie tenía porque saber si había o no munición en recámara y no era aquel momento para escandalizar en la noche con el vaivén de ningún cerrojo. Finalmente, fuera por salvar una vez más la cara de Ziatti sin menoscabo de su prurito guerrero, porque un cuello más o menos empezaba a no ser relevante a esas alturas o porque todo podía complicarse muchísimo si el ruso se acordaba de la Tokarev, Ahmed rompió el ensalmo acercándose lenta y suavemente a su sobrino.

- "No Ziatti..." -susurró al oído del joven mientras posaba la mano en su hombro bajando la gumia-
"...solo él sabe manera tanque."

Hamed sopesaba en su mano la Tokarev ante la mirada impávida de Yuri. Aquella pistola podía ser un buen presente que atenuara el más que previsible cabreo del "tiniente" cuando se enterara de su excursión a por un tanque rojo sin decir ni pío, suponiendo que volvieran claro. Era incuestionable que habían capturado un T26B prácticamente intacto, aunque no habían resuelto la pequeña cuestión de trasladar sus nueve toneladas y media a las líneas propias. Desconocían las características técnicas del carro enemigo, pero de no ser así y con una pequeña operación aritmética quizá hubieran concluido que la recompensa no era tan generosa: apenas cincuenta pesetas por tonelada, casi a precio de chatarra... Hamed decidió que la Tokarev era un arma compacta y elegante que seguro funcionaba bien y que los rusos sabían hacer buenas armas, cualidad de buenos guerreros. Gente sin duda extraña aquellos rusos y no parecía buena cosa tenerlos como enemigos. Así reflexionaba el cabo mientras miraba a Yuri con algo parecido al respeto, pues aquel tipo no parecía tenerles ningún miedo, o bien era capaz de disimularlo de una forma escalofriante. Aquello era sorprendente considerando que se trataba de un combatiente internacional de los republicanos, encima ruso, y ellos cuatro terribles mercenarios africanos de los fascistas, el máximo terror de cualquier rojo. Curiosamente lo único que todos ellos tenían en común era el fusilamiento seguro e inmediato -y eso con suerte- en el caso de ser capturados por el enemigo.

Los rifeños aprecian el valor, pero el de Yuri estaba resultando muy poco oportuno, un inconveniente cierto por cuanto dependían de su colaboración para mover el tanque. Por supuesto podían torturarlo

o incluso mutilarle, prácticas que en absoluto les eran inusuales, pero estaba el problema de dejarle incapacitado para manejar el carro. Si no se inspira miedo no se puede coaccionar. Quedaba la opción de intentar convencerle, por ridícula que pudiera resultar, además de implanteable ante la manifiesta barrera idiomática. Tanto el árabe como el ruso tienen fama de ser lenguas complicadas de por sí para sus no vernáculos, intentar una comunicación entre ambas resultaba un intento más kafkiano aún que la propia situación en la que éste venía a plantearse, que no dejaba de ser en la que se encontraban. Tampoco era necesario intérprete, Yuri había comprendido a la primera lo que pretendían de él pues las señas y mímica de los rifeños no podía ser más explícita... bueno sí, más explícitas eran las que habían añadido a continuación para el caso de que se negase a colaborar y cualquiera se hubiera cagado encima ante aquel despliegue de gestualidad intimidatoria, que claramente indicaban de forma muy concreta la amputación traumática de todo tipo de apéndices anatómicos. Por eso era aún más desesperante que el ruso les miraba impávido y hasta casi hastiado. Hamed pensó que era como amenazar de muerte a alguien que ya estuviera muerto - quizá de alguna manera era así- pero seguía insistiendo en su peculiar castellano, dando por hecho más posibilidades de hacerse entender que en árabe o en ruso. Yuri no sabía español, pero era evidente lo que quería decir Hamed con "lleva tanque, nosotros no matar tu", "lleva tanque y arrígularos estar amigos". Casi medio conmovido por los intentos de su captor y desde una extraña sensación de irrealidad entre lo bufo y lo trágico, se sintió obligado a corresponder en todos los idiomas en que era capaz la simple razón que le impedía mover el tanque, aunque hubiera tenido intención de hacerlo.

- Ne benzin, ¡kein benzin!, ¡¡no petrol!!!, ¡¡¡pas d'essence!!!

La respuesta de Hamed a su última afirmación le dejó estupefacto.

- Alors ¿parle vous francais...?

Amanecía y la situación se hacía progresivamente más absurda. Hamed y el ruso llevaban un buen rato hablando, compartiendo una extraña y locuaz cordialidad en francés, pero sin que parecieran avanzar a ningún desenlace concreto. Aburrido Hassan trepó en el aún claroscuro del alba a la torreta del T26 asomándose al interior por la escotilla abierta. En otra ocasión, en Talavera, la curiosidad le había llevado a intentar investigar las entrañas de un Panzer I de la Condor, pero los "doiches" le guiparon despachándole con cajas destempladas y exabruptos con acento bávaro, en los que no era difícil deducir opiniones poco laudatorias sobre los africanos en general. Pese a lo fugaz del examen recordaba bien la impresión de angustia que le inspirara el constreñido habitáculo repleto de palancas y mecanismos. Tales estrecheces le reconfortaron en su sufrida condición de infante, pues un mezquino cajón metálico, por muy blindado que fuera, no era lugar digno para un guerrero Beni Urriaguel. Si había que morir en la lucha era mejor hacerlo al aire libre, a la luz del sol pensó, no sin reprobación por quienes con tan poca gallardía se ocultaban al amparo del acero. El tanque rojo no le transmitía la misma sensación de agobio que recordaba del "negrillo", era netamente más amplio por dentro y dos hombres cabían con mucha menos complicación y más comodidad. Desde luego los rojos rusos sabían manera de hacer mejores máquinas de guerra que los estirados teutones, sino ¿por qué ofrecer quinientas pesetas por una?

Entonces se le tensó el rostro por algo que le acababa de pasar por la cabeza desatando una imperiosa punzada de sobresalto, pero no sabía lo que era ni porque de repente todos sus sentidos entraban en alerta, mientras Hussein se le unía izándose al borde de la torreta, con su habitual calma cansina. Revolvió sus pensamientos intentando recomponerlos en la misma secuencia que había activado su instinto de conservación, hasta que la pregunta de Hussein le hizo implacablemente

consciente en un espasmo mental que se hizo físico recorriéndole la espina dorsal con la brutal violencia de una corriente eléctrica.

- ¿Cuántos arrumis tanque rojo?

Antes de que hubiera una respuesta la cabeza de Hussein reventaba expandiendo en todas direcciones un amasijo de carne, hueso y masa encefálica pulverizado con sangre. Fragmentos de rexa revoloteaban ralentizados en el destrozo como funestas y confusas mariposas textiles. El "tiniente" no hubiera perdido ocasión de calificar aquella secuencia con su característica retranca galaica como "el efecto artístico de una dum-dum del carallo bien colocada entre ceja y ceja".



(continuará...)

TEMAS SENCILLOS. PARA LOS COMBATIENTES

por José Manuel Martín del Moral

Definiciones básicas sobre táctica

(Escuela Popular de Guerra: N.º 3. Táctica. Curso Común. 1937)

Táctica. Arte de disponer, mover y emplear las tropas sobre el campo de batalla con orden, rapidez y recíproca protección, combinándolas entre sí con arreglo a la naturaleza de sus armas, las condiciones del terreno y disposiciones del enemigo.

Reglamento táctico. Codificación de los preceptos derivados de los principios de la táctica, que regulan los sistemas de instrucción y a los que ha de subordinarse el combate.

Formación. Disposición ordenada de las tropas.

Movimiento. Acción de una tropa o que ejecuta un solo individuo para cambiar su forma de estar o la posición de sus armas. Las partes en que se dividen algunos movimientos se llaman tiempos.

Evolución. Cambio de formación que requiere más de un tiempo.

Maniobra. Adaptación de las evoluciones a la forma del terreno y disposiciones del enemigo.

Fila. Formación de hombres o elementos, unos al costado de otros, con el mismo frente.

Fila exterior es la formada por los oficiales y suboficiales colocados fuera de la fila de los soldados.

Frente. Espacio que tiene delante la tropa y también la extensión de su primera fila.

Hilera. Disposición de los hombres o elementos colocados unos detrás de otros. Cabeza de hilera es el primer hombre o elemento.

Fondo. Extensión de una tropa en el sentido de la profundidad.

Línea. En general se llaman así las disposiciones que toman las grandes unidades en el combate, adaptándose al terreno.

En orden cerrado, línea es la



Formación de tropas en fila.

formación en la que las fracciones o elementos están colocados unos al costado de otros con el mismo frente, cualquiera que sean sus distancias e intervalos.

Línea de dos filas o línea de tres filas.-Formación de dos o tres filas, una detrás de otras correspondiéndose los hombres de las mismas hileras.

Escalón. Cada una de las agrupaciones en que se fraccionan, en el sentido de la profundidad, las unidades en el combate.

También existe según la misión: 1º y 2º escalón de municionamiento, y 1º y 2º escalón de ametralladoras, etc.

Columna. Formación en que los hombres o elementos están colocados unos detrás de otros, siendo mayor el fondo que el frente. La primera fracción se llama cabeza; la última, cola.

Vanguardia. Fracción o parte más avanzada de una tropa o el espacio de su frente. También se llama así la fracción encargada de establecer el contacto en la marchas hacia el enemigo. Sus escalones se llaman punta, cabeza y grueso.

Retaguardia. Fracción o parte más retrasada, o el espacio que queda a su espalda. También se llama así a las fracciones encargadas de proteger los últimos elementos de una tropa en marcha.

Costado. Los elementos que limitan a una tropa por su derecha o izquierda. Costado interior el que está apoyado en otra tropa; costado exterior el que no lo está.

Flanco. Costado derecho o izquierdo de una tropa o posición, o el espacio que se extiende a los costados.

Ala. Fracción o parte de una fuerza que constituye la derecha o izquierda de una línea.

Distancia. Separación entre individuos, elementos o fracciones, medida en el sentido del frente.



Formación de tropas en hilera.

Hombre de base o guía general.-La clase o soldado por el cual se alinea o regula la marcha de una tropa.

Unidad de base. La fracción por la cual regula su marcha o alineación una tropa.

Orden cerrado. Formaciones de una tropa cuyas subdivisiones están en línea o en columna, con intervalos y distancias normales, alineadas y cubiertas. Se observa el compás del paso, los movimientos para toda la tropa son semejantes, y en general, simultáneos.

Orden de aproximación. Formación constituida por uno o varios escalones o líneas, con intervalos y distancias

variables para el mejor aprovechamiento del terreno, predominando la idea de dirección sobre la de alineación. Se emplea para abstraerse de las vistas terrestres y aéreas y de los fuegos contrarios, en la marcha de aproximación hacia las posiciones enemigas.

Orden de combate. Es la disposición que adopta una tropa para batirse, y en el que algunos elementos o fracciones emplean el fuego o el arma blanca. Es necesario cubrirse de los fuegos terrestres y aéreos.

Guerrilla. Fila de hombres separados por intervalos variables.

Despliegue. Evolución necesaria para pasar de una formación de orden cerrado a otra de orden de aproximación o de combate.

Repliegue. Evolución por la que se pasa de una formación de orden de combate o aproximación a una formación a retaguardia o sobre el propio terreno.

Exploración. Es la que descubre la presencia, fuerza, actos y propósitos del enemigo, examinando el terreno y sus recursos.

Exploradores. Fracciones o individuos que realizan la exploración.

Flanqueo. La acción o elementos fijos o móviles destinados a proteger una tropa por un flanco.

Flanqueadores. Las fracciones o individuos que ejecutan el flanqueo.

Posición. Zona de terreno ocupada por fuerzas combatientes o que convenga ocupar con miras al combate.

Posición de resistencia. Zona de terreno organizada en toda su profundidad, ocupada por el grueso de la defensa.

Posición avanzada o de vigilancia. Situada a vanguardia de la de resistencia, destinada a prevenir la aproximación del enemigo y dar tiempo a adoptar disposiciones de combate.

Posiciones sucesivas. Las que se establecen a retaguardia de la de resistencia en previsión de ruptura de ésta por el enemigo.

Medios de mando. El Comandante de unidad trasmite su voluntad por órdenes verbales o escritas, voces de mando, señales con el brazo, toques de corneta, caja o silbato y demás medios de inteligencia y de transmisión.

Las órdenes se emplearán en la compañía y unidades superiores en orden de aproximación y de combate; en orden cerrado para el Regimiento y unidades superiores y preferentemente en el Batallón.

Las voces de mando se emplearán en orden cerrado hasta compañía y excepcionalmente en el Batallón en el mismo caso; en las órdenes de aproximación y de combate las emplearán tan sólo los Comandantes de Sección y de pelotón.

Las señales con el brazo. Sirven para completar las voces de mando, pudiendo reemplazar a las voces y a las órdenes, según las conveniencias del momento.

Los toques de silbato se usan especialmente para llamar la atención antes de una señal con el brazo; podrán emplearse en el combate, en campamento o vivac, y pueden reemplazar a las órdenes o señales con el brazo. En el combate emplearán el silbato los jefes y oficiales, singularmente los jefes de sección, en formaciones concentradas sólo hará uso el jefe superior de las fuerzas. Los toques de corneta y caja se utilizarán en el servicio de guarnición y en el interior del cuartel, campamentos, acantonamientos y vivaques; en maniobras los utilizará sólo el director de ellas; en operaciones sólo los Jefes de Cuerpo. En el combate quedan prohibidos los toques de corneta y caja. Las voces de mando son de dos clases: preventivas y ejecutivas. Las primeras indican el movimiento que ha de ejecutarse; las segundas, el instante en que se ha de empezar a ejecutar; ésta será enérgica y breve. Las señales con el brazo irán precedidas del toque de atención y seguidas del de ejecución, dados ambos con el silbato.

Los oficiales del Ejército Popular,

por Ángel Sáenz



© Frente de Madrid

Oficial del Ejército Popular de la República en uniforme de diario. Viste gorra de imperial rígido, guerrera de cuello cerrado, pantalones breeches y botas altas de cordones.

página 16



© Frente de Madrid

Como variante a los pantofoles de montar tipo breeche, se utilizaban pantalones de pernera recta y cinturilla alta junto con zapatos de cordones o botas tipo borcegués. En el costado, lleva una funda de Astra 400.

Ningún ejército en campaña suele mantener de forma estricta, la uniformidad en su tropa. Los problemas de abastecimiento, la falta de adaptación al medio y a los diversos climas donde se desarrollan las campañas si estas son largas, son, entre un sinfín de circunstancias las causas para que sea difícil mantener la uniformidad bajo las reglamentaciones creadas a tal fin. Todo ello genera una combinación de prendas poco ortodoxa. Las diversas adaptaciones para solventar los problemas, suele ser una norma bastante general en todos los ejércitos. La utilización de prendas civiles, libre combinación de elementos de campaña y paseo, suelen ser de uso frecuente en. El Ejército Popular de la República Española no es una excepción.

El análisis de la indumentaria republicana es compleja. La precariedad endémica de nuestros ejércitos, los problemas comunes a cualquier otro ejército en campaña, en el caso del ejército republicano, la diferentes fases por las que pasó desde el inicio del conflicto, junto con las diferentes influencias tanto del exterior como de la propia mentalidad del combatiente o de sus gobernantes, son motivo de múltiples variantes de la uniformidad.

Para empezar la procedencia de los oficiales republicanos es muy variada; Militares profesionales provenientes del antiguo ejército y cuerpos de seguridad, dirigentes de los grupos de milicias que destacan en las primeras acciones, y oficiales salidos de las escuelas populares de guerra. Esta diferencia se hará notar en la indumentaria más o menos ortodoxa. Existe también diferencia entre las distintas unidades que participaron en la contienda, unidades de combate, unidades de retaguardia etc.. Incluso de la zona de acantonamiento y zona de influencia; Ejército del centro, zona de Levante, frente norte o Cataluña. Así nos lo hacen notar algunos de los

combatientes más conocidos en sus memorias.

Desde la aparición de los decretos de formación del nuevo ejército de la república en octubre de 1936, la República pretende dar una imagen de su ejército similar a la de homólogos extranjeros. Esto conlleva el dotar de estructura a los destacamentos de milicias y responder a un rango jerárquico. Dentro de toda esta corriente es importante la propia imagen de sus combatientes y en especial de los que les dirigen.

Contrariamente a la opinión general y a la imagen un tanto romántica del miliciano civil armado. Los oficiales del EPR solían estar mejor vestidos que sus adversarios del bando nacionalista. Algo corroborado por numerosos testimonios de veteranos. Las razones para ello son variadas; las principales industrias textiles quedaron en zona leal al gobierno republicano, la necesidad de equipar al naciente ejército del pueblo necesitó de la creación de nuevos talleres de confección. Incluso a muchos futuros oficiales se les asignaba una dieta económica para que ellos mismos se confeccionaran uniformes en los sastres locales, con la consiguiente buena manufactura de los uniformes. Sin olvidar que los oficiales profesionales del antiguo ejército, seguían utilizando sus viejos uniformes.

Como en general en nuestra última guerra civil, se puede hablar más de un multiforme que de un uniforme único y que en el frente muchos oficiales diferían poco en cuanto a indumentaria de la tropa. Pero sí podemos hablar de ciertas señas de identidad y homogeneidad en los oficiales de Ejército Popular de la República, especialmente a partir de 1937.

LAS DIVISAS

Elemento esencial de los oficiales de la república. Las tradicionales estrellas de 6 y 8 puntas del viejo ejército son sustituidas por barras doradas de 35x5mm en el caso de los oficiales y 35x10mm para



Durante la Batalla de Madrid era muy común la utilización simultánea de las antiguas divisas junto con las de reciente implantación. Este capitán luce 3 estrellas de 6 puntas en el pasamontañas y 3 barras rojas (capitán de milicias) en la solapa de su chaquetón de cuero.

jefes. Siguiendo una reglamentación similar en cuanto a rango; 3 barras-capitán, dos barras-teniente, etc... Las barras están coronadas por una estrella roja de 5 puntas de 25mm de diámetro. En un principio se diferencia la escala de milicias con barras de color rojo, aunque pronto deja de mantenerse esta diferencia.

Las divisas de rango se portan en las bocamangas de las guerreras, dentro en el caso de jefes y por encima de la costura de la bocamanga en el caso de los oficiales. En otras prendas se suelen llevar sobre el pecho en el lado izquierdo.

Aunque su aparición es de finales de octubre del 36, tarda en adaptarse y es común durante la Batalla de Madrid en noviembre y diciembre ver a oficiales que portan a la vez las antiguas estrellas y las nuevas barras.

PRENDAS DE CABEZA

Lo más representativo de los oficiales republicanos es la gorra de plato clásica del ejército español, con imperial redondo y grande y visera baja. Las insignias de cuerpo se llevan en el frente en el centro del cinturón de la gorra con las divisas dobles a ambos lados de la insignia de cuerpo. Las barras son en este caso más pequeñas que las de bocamanga; 3,5x30mm para oficiales y 5x30mm para jefes.

Estos últimos además llevan un bordado dorado en la visera. La gorra va coronada en el centro del imperial por una estrella roja de 5 puntas. También se utilizan mucho una gorra de plato de imperial blando, sin el aro interior de sujeción. Los barboquejos son de cuero extensible con hebilla o con doble anillo de cuero. Son muy comunes las boinas y el clásico gorro isabelino.

GUERRERAS

El diseño de las guerreras es muy similar a las de preguerra. Son guerreras de cuello cerrado, con 4 bolsillos y hombreras. Las insignias de cuerpo se portan en los cuellos de la guerrera y en las bocamangas las divisas. Los botones son de pasta o cuero. Las solapas de los bolsillos de la guerrera pueden ser en media luna, siendo los extremos de la solapa más largos que el centro, de tres picos, dos laterales y uno en el centro, todos de la misma longitud. También pueden ser con solo un pico saliente a la altura del botón y tapa redondeada. Los bolsillos superiores llevan un pliegue central hacia fuera.

También los oficiales republicanos empiezan a llevar guerreras de corte más moderno con cuello abierto. Se llevaban con camisa y corbata o con cualquier tipo de prenda civil como jerseys o chaquetas de lana.

En cuanto al tono, generalmente se denomina caqui, como definición de un color indeterminado sin una saturación clara, generalmente fruto de la mezcla de distintas tramas de hilo; principalmente marrón, verde, gris, y beige. Dependiendo de la cantidad de tramas y calidad de las mismas se marca un color que puede ir desde un tono arena pasando por tonos pardos hasta llegar a tonos más verde oliva. Si partimos del ideal de los dibujos de figurines que existen en la Biblioteca Nacional, la innumerable cartelería en color, recortables y similares, el tono ideal se acercaría a tonos marrón o pardo.

CAMISAS

En tiempo caluroso los oficiales suelen ir en mangas de camisas. Se utilizan muchos tipos de camisas diferentes, desde las



Comandante republicano con gorra de plato de imperial blando. A ambos lados del emblema de infantería luce 4 barras doradas, 2 a cada lado, y coronadas por una estrella roja de 5 puntas.

© Frente de Madrid



Para combatir los rigores del verano, este oficial lleva la camisa desabrochada, los pantalones remangados y las clásicas alpargatas.

© Frente de Madrid



Teniente del Ejército Popular tocado con una boina, otra de las prendas de cabeza muy utilizadas por los oficiales republicanos. Viste camisa de color arena con las mangas remangadas.



© Frente de Madrid

El comandante de la fotografía lleva la típica bota alta de cordones, tan apreciada en uno y otro bando. Como elementos de su equipo personal lleva, además de una cartera portamapas, el siempre omnipresente cinturón Sam Brown con funda de Astra 300 sujeta al mismo.

civiles a las militares con una enorme variación de las mismas, incluso las de manga corta. Son muy características las camisas de cuellos extremadamente largos y puntiagudos. Llevan 2 bolsillos en el pecho con pliegues. Es muy común que la solapa del bolsillo se forme con la pieza del sobrepecho. Los tonos son generalmente claros, beige, verde claros, tonos arena o incluso verde oliva. Se utilizan generalmente sin corbata, aunque los jefes como Lister se caracteriza por usarla habitualmente.

ROPA DE ABRIGO

Chaquetones de cuero, cazadoras del mismo material de tipo civil o similares al modelo A-1 de la fuerza aérea de EEUU, y el capote-manta español abierto o cerrado son muy comunes. Abrigos largos con doble botonadura y cuellos grandes son también utilizados, más por jefes que oficiales.

PANTALONES

Los más utilizados son de tipo breeches o de montar del mismo material y color que la guerrera o en un tono más claro cercano al beige. Dentro de las innovaciones del ejército republicano se empieza a incorporar el pantalón de pernera recta y muy alto de cintura.

Bibliografía:

- "España Heroica", V. Rojo
- "Nuestra guerra", E. Lister
- "Diarios", M. Azaña
- "Memorias", F. Largo Caballero
- "Uniformes y pertrechos del EPR", C. Flores
- "Ejército Popular y militares de la Republica", C. Zaragoza
- Revista Eurouniformes

CALZADO

Quizás el elemento más representativo de la indumentaria de los oficiales, es la bota alta con cordones. Muy apreciadas incluso por los oficiales del bando nacionalista, que cuando podían las incorporaban a su indumentaria fruto de botín de guerra. Tiene alrededor de 20 ojales o corchetes y suela de goma sin clavetear. También se utiliza con el pantalón recto el zapato clásico con cordones o la bota corta tipo borceguí. En verano es muy habitual la alpargata o bota alpargata igual que las de tropa.

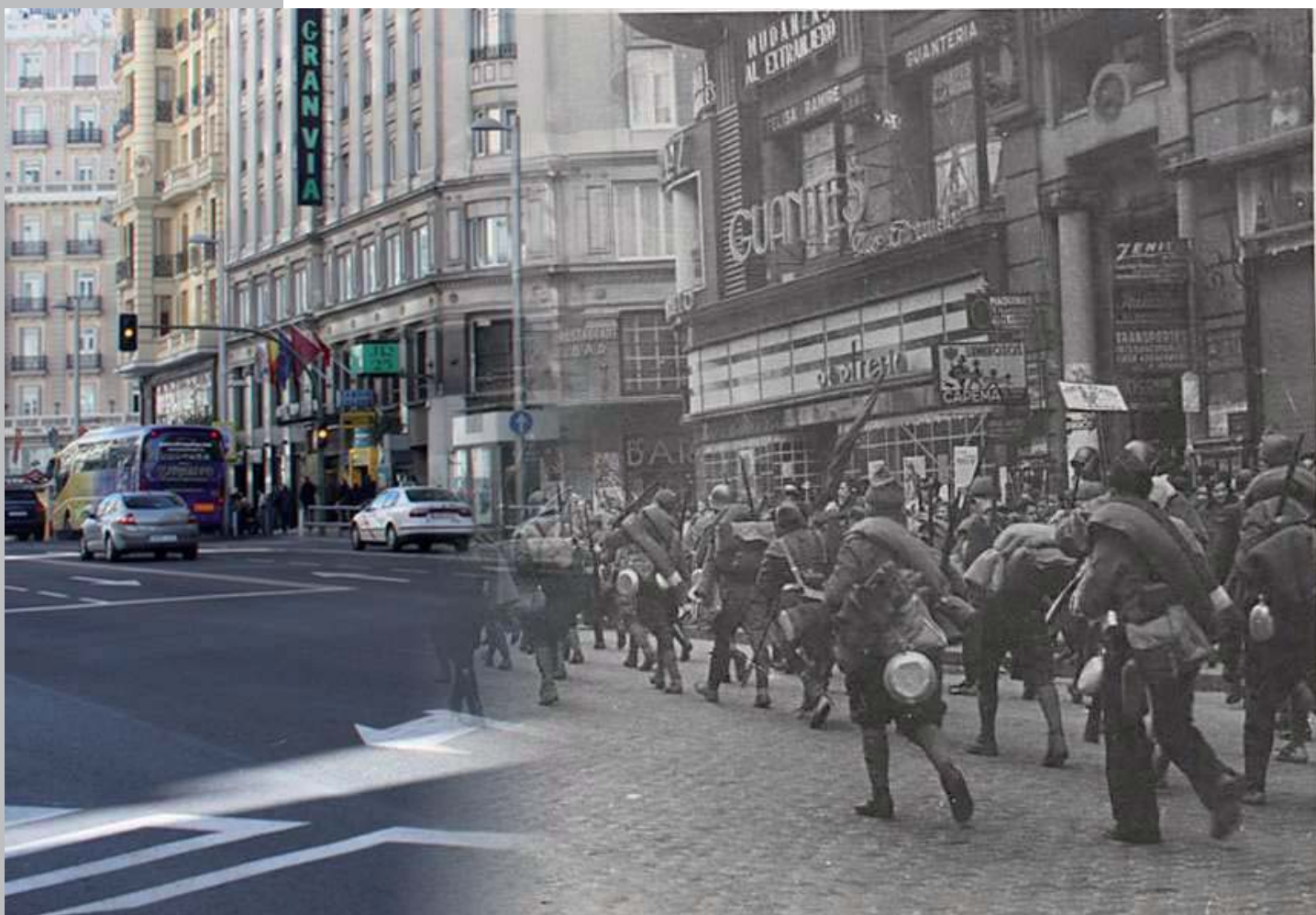
COMPLEMENTOS

La indumentaria se completa con el correa. Suele ser el cinturón Sam Brown ancho con hebilla de doble garfio y trincha diagonal, extensible con hebilla simple.

La pistolera se sujeta en bandolera por debajo del correa. La funda de pistola Astra 400 es la más habitual, aunque también puede ser el de la Tokarev T-33, Astra 300 o pistola Mauser-Astra C-96. Carteras portamapas colgadas del cinturón o fundas de prismáticos forman parte de la indumentaria de los oficiales.



© Archivo Rojo. Ministerio de Cultura



GRAN VÍA La calle centenaria

De todas las calles de Madrid la Gran Vía es, quizás, la más emblemática de cuantas recorren la capital. Con sus 100 años recién cumplidos, muchos han sido los nombres que ha recibido, tanto oficiales como populares: Eduardo Dato, Pi y Margall, Conde de Peñalver, Avenida de la CNT, de la Unión Soviética, de los "Obuses" o "del 15 y medio", o de José Antonio.

Indiferente a todos esos nombres, ha sido testigo de innumerables acontecimientos que han marcado la historia de esta ciudad y, más concretamente, durante la guerra. Por sus adoquines pasaron refugiados, periodistas, quintacolumnistas y voluntarios que llegaban a la capital para defenderla en los inciertos días del otoño de 1936. El fotógrafo Atienza inmortalizó con su cámara el paso de una columna de voluntarios catalanes a la altura del Hotel Gran Vía. Hoy en día los voluntarios se han tornado en vehículos que abarrotan el asfalto de de esta calle centenaria.